

de la mañana, cuando llegué con mi coche frente al edificio de mi despacho, ya me esperaba junto a la puerta con el cuello de su gruesa pelliza calado hasta las orejas y las manos metidas en los bolsillos. La mañana era bastante gélida y, mientras aparcaba, aprecié las nubecillas de bao que surgían de su boca al respirar.

- ¡Vaya una mañanita que hace! - dije al llegar a su altura a modo de saludo.

- Peores las he visto - me respondió con un gesto de indiferencia, como dando a entender que a su edad ya había pasado por todo.

Abrí la puerta y juntos nos dirigimos a mi despacho. Una vez dentro le pedí la pelliza para colgarla en el ropero, y le ofrecí una silla sentándome a su lado.

- Soy todo oídos - le dije.

- Bueno... antes... tendría que jurarme que todo cuanto le diga quedará entre nosotros - farfulló algo trémulo.

- Lo único que le prometo, - le respondí ceremoniosamente - suponiendo que su historia sea cierta y resulte interesante, es que respetaré su anonimato y el entorno de los acontecimientos para evitar su identificación. Usted me ha pedido que le ayude, y tenga por seguro que lo haré si está en mi mano pero, a cambio, debe usted permitirme disponer de su caso si lo creo oportuno. De nada sirven las experiencias, si no se usan para ayudar y documentar a los demás.

- De acuerdo - concluyó resignado.

Después se recostó en la silla y, con la vista ausente cual si mirase a la lejanía, comenzó diciendo:

- Por aquel entonces yo tenía 27 años y trabajaba de peón en una propiedad situada a varios kilómetros de Almacelles. Realizaba el trayecto diariamente con una vieja bicicleta sin luz ni frenos. Aquel día de julio, había quedado con la sirvienta para vernos por la noche en un campo de trigo recién segado cercano a la masía, al amparo de un montón de gavillas cuando los dueños se fuesen a dormir".

"Eran las once y media cuando con mi bicicleta dejaba atrás las últimas casas iluminadas del pueblo, y, guiándome por la tenue luz de las estrellas, enfilé el camino que conducía a la finca. Recuerdo que, a lo largo del trayecto, los perros de las propiedades que encontraba a mi paso fueron denunciando mi presencia con sus insistentes ladridos. Al llegar a las inmediaciones del lugar de encuentro, dejé la bicicleta en la cuneta junto al camino y me dirigí a pie por el rastrojo hasta el montón de siega concertado. Sin embargo, me extrañó que los dos enormes perros que guardaban la finca permanecieran silenciosos, a diferencia de otras veces que lanzaban algunos ladridos tranquilizándose poco después."

"Desde mi escondrijo vi luz en la vivienda, los propietarios aún no se habían ido a dormir. Mientras construía el improvisado lecho amoroso, también llegaron a mis oídos risas y fragmentos de conversación; deduje que aquella noche la espera resultaría larga; y, tomándolo con paciencia, me acosté panza arriba sobre los haces de trigo que acababa de ordenar encendiendo con precaución un cigarrillo "Celtas".

"Cuando por enésima vez dirigí la vista hacia la casa y descubrí que ya no había luz, se me escapó un suspiro de alivio. A partir de entonces sabía que, como máximo, en media hora tendría allí a mi amante. Sólo de pensarlo, noté que mi bragueta se abultaba por momentos, y al poco, comencé a sentir molestias a causa de mi estrecho pantalón; de modo que, ni corto ni perezoso me lo saqué, quedando tumbado sobre la paja con mi aparato apuntando al cielo, cual si de un "reloj de luna" se tratase".

"Como había previsto, antes de media hora apareció por el extremo del campo mi fogosa compañera deslizándose como una sombra. Al llegar y encontrarme desnudo cuan largo era, le faltó tiempo para desnudarse también y lanzarse sobre mí como una loca. ¡Dios mío que recuerdo! ¡Aquella mujer insaciable y yo en plena juventud! Tras el primer desfogue, comenzamos a ensayar todo tipo de fanta-

